



Amados hermanos y hermanas en Cristo,

San Teodoro de Ancira, padre de la Iglesia del siglo V, dio una imagen verdaderamente hermosa de la Encarnación de la Palabra: «Como no había un lecho donde recostar al Señor, lo colocaron en un pesebre, y esta falta de lo necesario se convirtió en un glorioso anuncio.»

El Evangelio se esfuerza por especificar: «Los días se completaron para que ella [María] fuera entregada. Y dio a luz a su Hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada. «(Lucas 2: 6-7) Y también: «Encontrarás un bebé envuelto en pañales, acostado en un pesebre.» (Lucas 2:12)

Está en el comedero donde se colocó la ración de alimentos para animales domésticos. Entonces, Dios ha elegido nacer en un pesebre para mostrar que Él viene a darse a sí mismo como alimento, en otras palabras, para darnos su vida. ¿No es este el símbolo más bello de la Eucaristía?

Aquí radica el gran secreto del amor. Como dice un poema: «El amor es morir dentro de uno mismo para renacer en otro». Este es el verdadero misterio de la Natividad de Nuestro Señor: contiene en sí Su Pasión y Su Resurrección. Dios nace del amor, muere por amor y resucita por amor para todos y cada uno de nosotros. El verdadero amor solo reside en el abrazo apasionado de los demás en toda la pobreza de su humanidad. Todo lo que normalmente hace que la verdadera y profunda comunión de corazones y almas sea imposible, en Cristo se convierte en un camino de libertad y de vida. Dios nos revela el Amor al tomar en Sí la totalidad de nuestra humanidad. Él la convierte en un lugar de ternura, amor y curación.

Hay una condición, sin embargo, y ahí es donde entra la parte difícil: tenemos que aceptar nuestra pobreza para encontrarnos con Aquel que se hizo pobre en nuestra pobreza. Nuestra pobreza es el único camino del Amor. Dios abraza nuestra pobreza humana para que podamos abrazarlo en Su riqueza divina.

Gloria a Dios en lo más alto y paz en la tierra!